

Farsicosas

Del peinado al estilo Edgar Negret y otros fenómenos alarmantes

Sergio Vodanovic

Cuando uno observa esos cargamentos de turistas norteamericanos que periódicamente nos llegan por barco o por avión y le dicen que son jubilados, apenas si puede creerlo. Esos vestidos multicolores, esa curiosidad juvenil que se manifiesta en la actividad de sus cámaras fotográficas, esas arrugas que coquetamente exhiben las gringas buscando al soñado "latin lover", son signos de una juventud permanente. De inmediato, se advierte que vienen del gran país del Norte, donde la oscura conjura que se ha extendido entre nosotros no existe. Y, por cierto, me estoy refiriendo a una serie de hechos que he podido comprobar personalmente y que llevan que una persona joven, en la flor de la vida, se sienta injustificadamente viejo.

Tomen Uds., por ejemplo, el directorio telefónico. Hasta hace unos años era algo que se podía consultar fácilmente. Hoy, en cambio, lo hacen con letras tan pequeñas que lo obligan a uno a usar gafas. El pro-

blema sería mínimo si el asunto se circunscribiera al directorio del teléfono, pero en todas las imprentas han tomado la costumbre de usar el mismo tipo de letra pequeño y libros y periódicos están ilegibles a menos que se usen las malditas gafas. ¿Quién está financiando esta campaña que ha logrado dejar obsoletos todos los tipos de letras de tamaño normal? No es difícil sospechar que oculistas, optómetras y dueños de óptica son los responsables.

Las escaleras

¿Y qué me dicen de las escaleras? Antes los edificios se hacían con peldaños de altura normal que uno los subía en un dos por tres y hasta, en ocasiones, se saltaba olímpicamente un par de peldaños. Ahora, sin embargo, alguien les ha metido en la cabeza a arquitectos y constructores de hacer los peldaños tan altos que subir una escalera es una tarea de enanos a la que se pone término con la lengua afuera y el corazón en la boca, lo

que a su vez lleva al escalador a consultar rápidamente a un cardiólogo quienes son, ciertamente, los que están metidos tras este negociado de los peldaños altos.

Pero no solo en esto han metido mano los cardiólogos. Uno que es aficionado al deporte ya lo ha advertido y está muy consciente que los cardiólogos (¿Quiénes otros?) han obtenido que todos los balones de fútbol que hoy se pueden comprar están excedidos de su peso reglamentario. Y... ¡claro! uno va desprevehidamente el domingo al parque del Salitre, como lo ha hecho durante varios años, quiere divertirse sanamente con los hijos, pero con lo que están pesando los balones hoy en día, no solo no hay caso de meter un gol, sino de hacer un buen pase y conozco a mucha gente joven, tan joven como yo, que han terminado un inocente partido tendidos en el césped esperando que una ambulancia los lleve... ¿dónde? ¡A la clínica cardiológica, por supuesto! ¿Se dan cuenta dónde está el negocio?

El pelo

Otro problema semejante al que hay que pararle bolas es el del shampoo. Es increíble comprobar cómo, a pesar de la proliferación de marcas y los diferentes tipos que hay, para cabello normal, para cabello grueso, para el seco, para el mojado y qué se yo, todos los shampoos, sin excepción, están trayendo un componente que hace que el pelo se caiga lenta e inexorablemente. Y que los lectores no crean que se trata, simplemente, de un problema personal. Tengo varios compañeros de la época del colegio que pueden refrendar mis palabras. muchachos que en las fotografías que conservo de fin de curso, lucen una enmarañada cabellera y que hoy, por obra y gracia de los modernos shampoos, no tienen otra alternativa que peinarse al estilo de Edgar Negret. ¿Quién está tras esta siniestra conspiración en que los shampoos son los agentes directos? ¿Qué oscura confabulación de intereses existe para hacernos perder el cabello? ¿Los fabricantes de pelucas? ¿Los peluqueros estilistas que dicen hacer maravillas con cinco o seis pelos sueltos? ¡Vaya uno a saberlo!

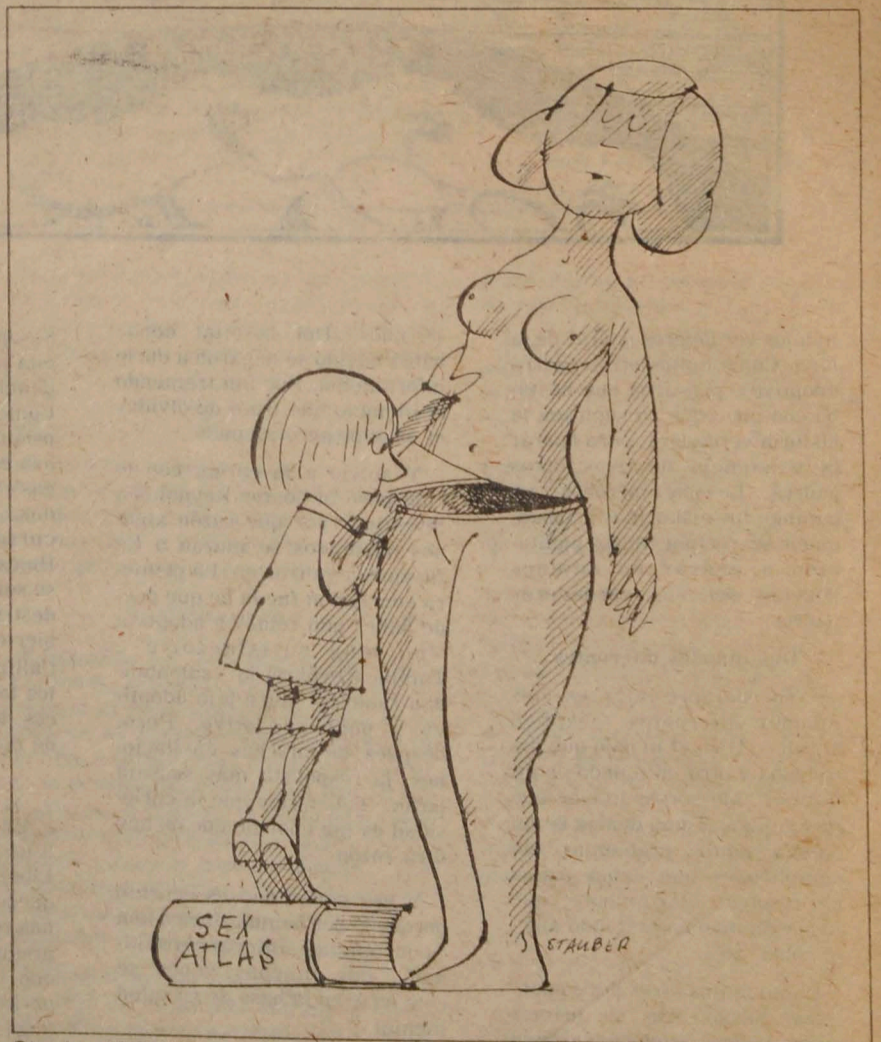
Lo terrible de todo esto, es que tantos hechos y circunstancias maquiavélicamente manipulados tienden a crear un complejo de viejo que termina por llevar a mucha gente al diván del psiquiatra, profesionales, por lo demás, que tampoco deben estar ajenos a esta conjura que hoy tengo la valentía de denunciar.

Pero hay algo peor aún. Sin saberlo y sin pretenderlo, seres angelicales también se han confabulado para crear este complejo de vejez. Me refiero a las mujeres. Yo no sé si será la moda, el maquillaje o qué se yo, pero he empezado a advertir que ellas ya no producen la misma atracción que producían antes, ya uno ni se vuelve a mirirlas por las calles, ni resultan tan deseables como lo eran apenas unos años atrás.

Y esto sí que es grave. Porque de seguir las cosas así... ¿Cómo se conservará la especie humana? □



Barták (CSSR)



Stauber (BRD)